

The book cover features a dark, textured background with a central arched window. A wooden ladder leans against the window, leading to a view of a bright, cloudy sky with a prominent red sun. The scene is framed by stylized, dark foliage and scattered white stars. At the top, the author's name is written in white. A circular seal on the right side of the cover commemorates the author's win in the Audi Future Books competition.

Josefina Gómez Palenzuela

GANADORA DEL CONCURSO  
Audi FUTURE BOOKS

# El Club de los Inmortales

Crónica de un despertar

UNIVERSO  
LETRAS 

---

---

# **PRIMERA PARTE**

## **El encuentro**

---

---

# Uno

*Las puertas que abrimos y cerramos cada día  
deciden las vidas que vivimos*

Flora Whittemore, filósofa y escritora

*Estambul, 18 de marzo de 2014*

Una hora antes de lo previsto, atravesé la magnífica terraza del *Four Seasons Hotel Istanbul at Bosphorus* deseando que el barullo de emociones que me azotaba desde su llamada, cuatro días atrás, pasara desapercibido. Tuve suerte. Llegué con impostada serenidad a la única mesa libre, próxima a las grandes jardineras de geranios rojos. Alineadas y orgullosas, se erigen en frontera con el brazo de mar que une Oriente y Occidente, las aguas calmas y profundas del Bósforo.

Antes de sentarme, un amable camarero de tez morena y sonrisa fácil me ofreció la carta de bebidas calientes y frías y otra con aperitivos y platos ligeros. Me acomodé en la silla, desde la que podía observar mejor los vaivenes del agua, me

---

arrebujié en mi abrigo de paño y pedí un té. Necesitaba algo caliente en mi estómago para paliar la brisa fresca que envolvía la tarde. Respiré profundamente mientras observaba el concurrido canal plagado de multitud de transbordadores, ferrys y cruceros privados que surcaban las aguas del estrecho. «En uno de ellos llegaré», pensé. El *Four Seasons* tiene un pequeño muelle que permite el acceso de sus clientes desde el canal. Él —ignoro el motivo—, vendría directamente desde Venecia.

—Señora, su té —anunció el camarero, interrumpiendo mis reflexiones mientras vertía en la taza, con un despliegue de formalidades, el humeante líquido ambarino.

—Y unos dulces turcos, obsequio del hotel —añadió en un inglés claro y correcto, cuando depositó un plato de porcelana blanca con dos pequeñas porciones rectangulares, rebozadas en trocitos de pistachos.

—¡Oh!, muchas gracias —agradecí, a pesar de que sabía que mi cuerpo se negaría a admitir cualquier alimento sólido en ese momento.

Mientras sorbía despacio el té me invadió una grata sensación de alivio. Tomé una bocanada de aire y recosté la espalda en el mullido respaldo de la silla. Sin poder evitarlo, en mi imaginación ya había recreado una docena de veces el reencuentro. La reunión posterior era otra cuestión. Sabía por experiencia que nunca podría imaginar lo que me depararía ni las extrañas consecuencias que podría suponer para mi vida. A pesar de todo, era muy consciente de que el mero hecho de haber sido invitada constituía un privilegio que aún no conseguía digerir del todo. A veces no es fácil tomar nuevos caminos y dar la espalda a las veredas ya trilladas y conocidas, pero hay viajes que no tienen vuelta atrás. De eso estaba segura.

Decidí disfrutar de una segunda taza de té mientras perdía la mirada en el resplandor plateado de las aguas del estrecho.

---

«Maravilloso espectáculo», pensé. «Y apasionante experiencia», reconocí.

La terraza se iba llenando de hombres y mujeres elegantes, que ocupaban las distintas mesas de cristal y hierro forjado. Charlaban, reían, leían un periódico o hablaban por teléfono. Cada uno con su vida. Cada uno con sus alegrías, sus luchas, sus éxitos y sus fracasos. Vidas normales. Por segunda vez aleteó sobre mí el deseo de regresar a un pasado ya lejano, a una existencia que se desarrollaba en un círculo pequeño y controlable. Pero del útero hay que salir en su momento y mi plazo hacía mucho tiempo que estaba cumplido. En cualquier caso, y a pesar de la pequeña debilidad que a veces, como hoy, me hacía volver la vista atrás, reconozco que han sido las pequeñas decisiones que fui tomando cada día las que me condujeron a este hotel en el corazón de Estambul.

Miré el reloj y comprobé que aún faltaban treinta minutos para la llegada del ferry que esperaba. Me dejé atrapar de nuevo por la radiante textura del agua. Los rayos oblicuos del sol se hundían en el Bósforo, extrayendo del pequeño vaivén de su superficie destellos cegadores. Ahora, la suave luz dorada de la tarde había aportado una atmósfera distinta a la terraza blanca del hotel. Mis ojos se sumergieron en aquel océano de átomos brillantes y me dejé impregnar por tanta belleza. Una vez más, esta ciudad me seducía. Y mientras me dejaba querer por la magia de Bizancio, recordé los cuatro últimos días de mi vida; en especial, su llamada inesperada y sorprendente después de tres meses de silencio.

---

---

## Dos

*Estambul, 14 de marzo de 2014*

Cuatro días antes, el viernes, a las 23:30, la suave melodía de mi móvil había irrumpido en mi primer sueño. A esas horas uno no espera jamás buenas noticias. Salí de la cama a trompicones, en dirección al baño donde lo había dejado cargando una hora antes, y contesté un poco aturdida aún por el despertar intempestivo.

—¿Sí?

—¡Eva! ¡Hola! *Excuse-moi*<sup>1</sup>. Sé que es muy tarde, pero acabo de saber que podemos reunirnos y quería que tuvieras tiempo suficiente para preparar el encuentro —esa voz tan familiar, profunda, pausada, cálida y ese acento parisino inconfundible, me sacó de cuajo el sopor del cuerpo—. *Je suis à Rome*<sup>2</sup>, pero saldré el próximo martes hacia Estambul. Lo haré en barco y desde Venecia.

—¿Dónde será la reunión? ¿Cuándo? —le interrumpí, ya despierta.

---

1 Disculpa

2 Estoy en Roma

---

Me pareció escuchar su leve risa a través del altavoz del móvil. Seguramente le divertía mi entusiasmo.

—Nos veremos en Estambul, pero acabo de enviar a tu correo electrónico *toutes les informations*<sup>3</sup> que necesitas tener, además del localizador del vuelo y credencial para el hotel y, por supuesto, tu visado. Si no te viene bien ese horario, tienes también el contacto con la agencia de viajes para que realices los cambios necesarios. *Cependant*<sup>4</sup>, la fecha y hora de la reunión son inalterables. Y sí, en esta ocasión, yo también asistiré. De hecho, nos encontraremos antes, pero hasta dentro de dos días no sabré *mon heure d'arrivée*<sup>5</sup>. Te lo confirmaré en un mensaje.

—¿Alguna recomendación especial para asistir a la reunión? ¿Debo prepararme? ¿Puedo saber quiénes más asistirán? —me atreví a preguntar, aunque ahora había bajado más el tono y enlentecido el ritmo de mis palabras con la dudosa esperanza de conocer todos los detalles posibles del encuentro.

Oí con claridad su respiración pausada y supe que demoraba la respuesta.

—Lee el correo —dijo, por fin—. Tienes todos los datos que necesitas. *Bonne nuit, ma fille*<sup>6</sup>. Un abrazo fuerte y disculpa la hora de esta llamada.

—Buenas noches. No importa. Al contrario, me he alegrado de escucharte —contesté antes de que colgara, sintiendo en aquella penumbra una energía briosa y extraña que se había adueñado de repente de mi ser. Difícil lo tenía para recuperar el sueño interrumpido. «¿Dijo Estambul?», me pregunté mientras volaba hacia mi ordenador.

---

3 Toda la información

4 Sin embargo

5 Mi hora de llegada

6 Buenas noches, mi niña

---

Dos días y medio después de esta llamada, el Airbus A321, vuelo 1858 de la Turkish Airlines, aterrizó con suavidad en una de las tres pistas del aeropuerto Atatürk a las 17:22. Tres horas y veintidós minutos más tarde de su despegue en el aeropuerto de Madrid Barajas.

Cuando desembarcamos en el interior de la terminal número dos para vuelos internacionales me sentí realmente sorprendida por el paisaje diáfano, amplio y luminoso que se extendía ante mí. «¡Vaya!» Claro que sabía que en 2001 se había inaugurado un nuevo y moderno aeropuerto, pero reconozco que su espectacularidad me cogió por sorpresa, quizás porque no pude evitar evocar con cierta nostalgia mi primera visita a Turquía, organizada por algunos profesores de la Universidad de La Laguna en agosto de 1999. El aeropuerto tenía entonces una única terminal desde la que operaban tanto los vuelos domésticos como internacionales. La recuerdo pequeña y básica, atestada de gente variopinta, que fluía en todas las direcciones y descansaba tumbándose en su suelo de mosaicos de colores. Mujeres vestidas con abrigos negros y pañuelos en sus cabezas, a pesar del intenso calor, contrastaban con el desenfado y el colorido del atuendo de otras mujeres, claramente occidentales, que cumplían los distintos trámites en alguna de las ventanillas. Sus interminables y desordenadas colas y sus rigurosos funcionarios formaban parte, también, de aquella lejana y enriquecedora experiencia.

Pude, sin embargo, comprobar en este viaje la eficiencia de sus servicios tanto en mi paso por la aduana y control de pasaportes como en la retirada de mi pequeña maleta. No obstante, hay cosas que nunca cambian. Varios chicos, con ánimo de ganar algunas liras, se acercaron para ofrecerme diferentes servicios: desde llevarme la maleta o conseguirme un taxi, a convertirse en mi guía turístico o venderme recuerdos, tarjetas, etc.

---

Sus pieles morenas y sus oscuros y profundos ojos me situaron, de golpe, en el lugar en el que estaba: Oriente Medio.

A pesar de no haberlo visitado demasiado, siempre me fascinó su cultura, su gente, su gastronomía, su música, su paisaje, su historia, su belleza. Aunque, por otra parte, siempre me intimidó la misteriosa dicotomía de sus hombres y mujeres que mostraban, como dos caras de una misma moneda, su flagrante hostilidad hacia otras culturas y su alto sentido, sin embargo, de la hospitalidad y su genuina amabilidad con cualquier invitado a su casa, al que parecían envolver en todo tipo de agasajos y atenciones. Quienes los conocen bien los califican de impulsivos, inflexibles y exaltados, aunque también de generosos, apasionados, vitales, leales y entregados. En cualquier caso, creo que es más interesante enfrentarse a las situaciones sin demasiadas ideas preconcebidas y abiertos siempre a la posibilidad de conocer, aprender y disfrutar de cada nuevo encuentro.

Entre el gentío, intenté atisbar al conductor que me llevaría al hotel. En el hall de salida, ahora atiborrado de personas, maletas y portadores de carteles con todos los nombres posibles, esa misión no parecía fácil. Por fin, una cartulina plastificada que un hombre moreno y bajito blandía delante de su cara me atrajo como la luz a la mariposa. El nombre del *Four Seasons Hotel Istanbul* escrito en letras elegantes y doradas era un reclamo inequívoco.

—Buenas tardes. Soy Eva Curiel. Gracias por recogerme —le dije en inglés, mientras extendía mi mano, que él estrechó con un movimiento breve y enérgico—. ¿Cuánto tardaremos en llegar al hotel?

—¡Oooh...! Bienvenida a Estambul, señora Curiel. Mi nombre es Mehmet Sadik y soy el chófer del hotel. A su disposición. Aproximadamente, tardaremos unos treinta minutos.

---

Depende siempre del tráfico, de la hora y, por supuesto, del conductor —respondió riendo abiertamente bajo su denso y poblado bigote—. Pero usted se encuentra en buenas manos —continuó, y no sé por qué esta afirmación me ocasionó un cierto desasosiego.

—Estos señores irán también al hotel —informó señalando a dos hombres que parecían europeos, de mediana edad y con aspecto de *businessmen*, situados a su lado y a los que saludé.

—Solo faltaba usted. Síganme, por favor.

Atravesamos el hall en dirección al ascensor, en el que descendimos dos plantas. Al abrirse la puerta nos encontramos en un gigantesco aparcamiento por el que caminamos durante unos minutos hasta llegar antes un monovolumen de color azul marino. Pulsó el mando y deslizó las puertas traseras de pasajeros para que subiéramos mientras él colocaba nuestro equipaje en el maletero.

Por desgracia, no pude disfrutar mucho de nuestro viaje hacia el hotel. La vorágine del tráfico y la peculiar conducción de nuestro hombre, para el que no parecían existir reglas de circulación, me produjeron una descarga de adrenalina que me obligó a conducir mentalmente hasta nuestro destino. Mi pie derecho no paraba de frenar cuando se producía un acercamiento temerario al coche que iba delante, o aceleraba cuando nuestro intrépido conductor, como si circulara solo por la autopista, se desplazaba aleatoriamente entre los distintos carriles y obligaba a los vehículos que ocupaban la carretera invadida a realizar extrañas maniobras. Por fortuna, treinta y cinco minutos más tarde y con el corazón palpitante, llegábamos sanos y salvos al hotel.

Situado en uno de los barrios más bellos de Estambul y frente a las aguas que unen los dos continentes, se encuentra este antiguo palacio otomano del siglo XIX, transformado

---

ahora en un confortable hotel de poca altura, que sabe conjugar el lujo antiguo y el exotismo del lugar con la elegancia y funcionalidad del nuevo mundo.

Terminadas las formalidades del registro, subí a mi habitación en la segunda planta. Nada más entrar me sentí como una reina. Una soberbia cama de madera oscura con dosel ocupaba el centro de la estancia. Próximos al balcón, un sillón de tres plazas y dos individuales, tapizados en damasco dorado, y una mesita de café en madera oscura con elaboradas incrustaciones de marquetería, formaban un agradable rincón en el que ya estaba deseando sentarme. Al otro lado, una amplia mesa de trabajo con dos sillas y una librería acristalada completaban el mobiliario de aquella amplia y luminosa habitación. «¡Mi hogar por unos días!»

Tres grandes alfombras en tonos claros cubrían parte del parque. Una bajo la cama, sobresaliendo una amplia franja por los lados; otra, marcando el territorio del salón y la tercera bajo la mesa y sillas de trabajo. Sobre esta mesa, un jarrón de cristal con tulipanes blancos y un pequeño y apetitoso bufé, que incluía un plato con fruta picada, una bandeja de dulces y chocolates, varias botellas de agua, platos, vasos y un servicio de cubiertos, parecían formar parte del protocolo de bienvenida.

Completaban este pequeño paraíso un vestidor de madera oscura que me hubiera gustado trasladar a mi casa y un baño sorprendente, donde una de sus paredes, en cristal opaco desde el techo hasta el suelo, permitía el paso de la delicada luz de la tarde. Para terminar, un *jacuzzi* redondo para dos personas, ducha acristalada y sauna, terminaron de convencerme de lo fácil que sería acostumbrarse a vivir allí.

Un pequeño balcón asomaba a un jardín interior desde el que llegaba el intenso perfume de jazmines florecidos y el constante borboteo del agua de una fuente cercana. Me asomé para

---

verla, pero las copas de los árboles altos y frondosos impedían descubrir lo que había debajo de ellos.

Entré para deshacer mi escueto equipaje; luego, tomé un poco de fruta, me di una ducha rápida y me vestí para bajar a cenar. Pretendía acostarme pronto y aprovechar bien la mañana. Por otra parte, necesitaba un buen descanso que calmara un poco el nivel de excitación y sentimientos encontrados que vapuleaban estos días mi sistema nervioso.

En realidad, lidiaba con fuertes emociones, que iban desde la ilusión y la expectación a un cierto sentimiento de temor e inseguridad que me producía el encuentro y, más tarde, la reunión prevista. Sabía que lo que alteraba ahora mi tranquilidad era más bien un miedo irracional: de no estar a la altura, de no poder responder a la confianza que habían depositado en mí o de no saber qué derroteros tomaría mi vida a partir de mañana. Pero, aparte de la jiribilla que asaltaba la boca de mi estómago, no parecía que se hubiera producido en mí ningún otro efecto colateral.

En cualquier caso, hacía ya mucho tiempo que me había embarcado en esta aventura apasionante. Mi apuesta seguía en pie, aunque sospechaba que esta asamblea me podría generar un mayor nivel de compromiso. Tampoco sabía si él, a la vista de sus ausencias cada vez más prolongadas, podría continuar en contacto conmigo.

Intuía que había volado hasta aquí con el único fin de afrontar un nuevo reto. Probablemente, uno más de los muchos que tiene que superar una crisálida para poder algún día desplegar sus alas.

Pero eso ocurriría al día siguiente. Esa noche me concedí una pequeña tregua para disfrutar de aquel instante excepcional.

Sin la menor duda, tenía que considerarme un ser privilegiado, así que vivir con la mayor consciencia posible los acon-

---

tecimientos que me deparara mi futuro inmediato era la única opción razonable.

Pasé del ascensor y bajé trotando por las escaleras para mover un poco el cuerpo. Ya en la planta baja me dirigí hacia la puerta de entrada del restaurante. Hasta allí llegaban los aromas especiados, que estimularon de inmediato mis jugos gástricos. Un hombre moreno, alto, con grandes ojos negros, de unos cuarenta y tantos años y vestido con traje oscuro, se apresuró a recibirme.

—Solo una persona —le dije.

—¿Le parece bien al lado de la ventana? Desde allí podrá ver una parte del estrecho.

—¡Perfecto, muchas gracias! —le contesté agradecida.

Mientras caminábamos hacia la mesa no pude evitar admirar, abrumada, la mezcla entre exquisitez, buen gusto y exotismo presentes en cada detalle. Lámparas impresionantes de cristal de roca dejaban caer sus lágrimas en una sinfonía de brillo y transparencia. A ambos lados de los ventanales colgaban cortinajes ligeros en tonos blancos y dorados y, sobre mesas auxiliares arrimadas a las distintas paredes, ramos de flores frescas se repartían por todo el comedor. Encima de las mesas y en perfecto orden, la delicada vajilla blanca con reborde y anagrama dorados, cubiertos relucientes y delicadas copas de cristal yacían sobre los exquisitos manteles de lino perfectamente planchados.

El conjunto no podía ser más espectacular. En consonancia y a pesar de que el comedor estaba lleno, apenas se escuchaba un ligero murmullo de voces casi imperceptible.

—Enseguida vendrán a tomar nota de su pedido —continuó el maître, acercándome la carta mientras me sentaba.

Me puse cómoda y abrí la carpeta que el hombre había depositado sobre la mesa. Eché un vistazo a la abundante oferta

---

culinaria antes de decidir que lo mejor sería dejarme aconsejar. Me encanta la cocina turca, rica en aromas y sabores y tan parecida a la cocina griega. Levanté la vista para buscar a algún camarero cuando mis ojos se cruzaron con los de uno de los hombres con los que había compartido transporte desde el aeropuerto. Él me saludó con un gesto de su cabeza y yo hice lo mismo. Contuve la risa al pensar en el rally improvisado de alto riesgo en el que ambos habíamos participado esa misma tarde. Me divertí, claro, ahora que el peligro ya había pasado.

—Señora, ¿quiere pedir ya? —preguntó el maître interrumpiendo mi reflexión.

—Sí, sí, por supuesto. Me gustaría comer solo comida vegetariana. ¿Qué me sugiere?

Creo que le encantó la idea de elegir mi cena. Estiró la espalda, elevó el mentón y creció unos cuantos centímetros mientras me explicaba el contenido de los platos que él seleccionaba.

—Le aconsejo que tome una sopa especial de nuestra cocina, *Mercimek Çorbasi*, sopa de lentejas con verduras y un poco de limón.

—¡Buena idea! — le dije entusiasmada.

—Le sugiero también un plato exquisito, *Dolma*, un relleno de verduras y arroz envuelto en hojas de parra.

—Me parece una cena perfecta. Le agradecería que me sirviera también un poco de *yogurt*. Lo tomaré al mismo tiempo. Muchas gracias por sus sugerencias.

Al cabo de pocos minutos, otro camarero llegó con una jarrita de *yogurt*. Vertió un poco en mi vaso y la dejó sobre la mesa, además de una cestita con *Pide*, pan plano turco, parecido al de pita, pero con levadura, y la sopa humeante de lentejas.

Disfruté, no solo de la deliciosa comida. El lugar, pese a su elegancia y tamaño, resultaba acogedor y tranquilo. Terminé con calma mi cena, firmé la minuta y salí del restaurante en dirección al jardín, pero algo hizo cambiar el rumbo de mis pasos.

---

Desde una cierta distancia, se escuchaba el seductor sonido de una trompeta, un saxofón y un piano, que interpretaban temas de los años veinte. «¿Qué más se podía pedir?» Sin pensarlo dos veces, seguí, como al Flautista de Hamelin, no el sonido de su flauta, sino la melodía de Cole Porter que iba llegando con mayor claridad a medida que me acercaba al lugar desde donde parecía originarse. Poco a poco, sin poderlo resistir, mis pies se acompañaban a la melodía, *What is this thing called love*.

Abrí la puerta del salón de baile apenas iluminado. Varias parejas bailaban en la pista, con mayor o menor acierto, siguiendo el ritmo sugerente del *slow fox*. Sentí un poco de envidia al verlos moverse al compás de la melodía. «Cómo me gustaría...»

Tomé asiento junto a una pequeña mesa, decidida a disfrutar escuchando dos o tres canciones antes de irme a la cama, y pedí un *San Francisco* mientras observaba el espectáculo a través de la penumbra. Al pequeño grupo de tres músicos se le unía ahora una mujer, a la vez que sonaban los primeros compases de *Begin the Beguine*. Un hombre alto y vestido formalmente se acercó a mí. No supe quién era hasta que estuvo ya a mi lado. «¡El hombre que me saludó en el restaurante!», reconocí. Con una sonrisa algo retraída, me preguntó con corrección si quería acompañarle a la pista y yo ni lo dudé. Sonreí, me levanté y le respondí que sí.

Nos deslizamos lentamente siguiendo el compás de la música y midiendo la pericia del otro. Para mi sorpresa, me conducía un bailarín bastante competente y me dejé llevar durante cinco o seis canciones. Solo bailamos y reímos, aunque en un pequeño descanso nos presentamos brevemente.

Fue todo un regalo. Había surcado la pista a través del espacio —casi no recuerdo apoyar los pies en el suelo—, con la cadencia de un repertorio exquisito y un acompañante inmejorable. Una velada que ya tocaba a su fin. Agradecí a mi compa-

---

ñero de baile aquel rato inolvidable y me despedí de él, no sin antes reconocer su mérito al transformar aquella fiesta ajena en una experiencia memorable.

Me había comentado entre baile y baile que, como arquitecto, viajaba con frecuencia a esta parte del mundo. Llevaba un proyecto de construcción de viviendas sociales que había desarrollado con la UNESCO. Yo le comenté que me encontraba allí en viaje de turismo. En fin, un intenso día para recordarlo siempre. Subí a mi habitación y, al entrar en ella, encontré un pequeño sobre blanco que habían introducido por debajo de la puerta. Lo abrí con el abrecartas dorado que encontré sobre la mesa de trabajo. Desdoblé la gruesa cuartilla que había dentro y leí con curiosidad el parco texto manuscrito:

*Salud y Paz Profunda.*

*El Dr. Gilbert Blanchard llegará en el ferry de las 18:30 h.*

*Un coche los recogerá a las 21:00 h para asistir a la reunión.*

*Fraternalmente,*

*R.B.*

---

---